

REFLEXIONES DE LA ARQUEOLOGIA COMO CIENCIA SOCIAL

OSCAR M. FONSECA ZAMORA

INTRODUCCION

En la Primera Reunión del Consejo Científico Asesor de la Fundación de Arqueología del Caribe, acordamos un programa de diez reuniones académicas con el fin de presentar los diferentes puntos de la posición teórica a la que denominamos: Arqueología como Ciencia Social. Como es lógico, la primera de éstas se dedicaría a discutir aquellos aspectos que definen la posición como tal. Como parte de ese esfuerzo, en el presente trabajo discutimos los elementos teóricos que nos parecen de mayor relevancia. Esta tarea la realizamos a través de la comparación con la arqueología procesual ("Nueva Arqueología"). Mi formación original en esta última ha enmarcado, lógicamente, el estudio de la arqueología como ciencia social.

Es este nuestro primer esfuerzo en el tema, lo presentamos convencidos de la necesidad de propiciar, dentro de la disciplina, el debate continuo sobre las directrices de nuestra práctica profesional, y de la necesidad de que esta alternativa teórica se consolide como tal. Es, de hecho, este debate y la naturaleza misma de nuestra práctica profesional, lo que ha conformado a nuestra disciplina.

En la actualidad está vigente la discusión de las alternativas asumidas por la arqueología, para hacer frente al estudio del pasado y, por lo tanto, al tipo de evidencia en que se basa la misma.

Los restos dejados por la formaciones sociales que nos precedieron, ele-

mentos que determinan una clase de información sobre la sociedad como un proceso total (Bate 1981: 21), se convierten en la evidencia con la que cuenta el arqueólogo para acercarse a la parte del proceso social total que, como científico, le corresponde. El tipo de evidencia (los datos arqueológicos) y la ubicación de la acción investigadora, del arqueólogo, en una parte de esa realidad social ha permitido, a través de la historia de nuestra disciplina, que la necesidad de desarrollar técnicas propias para la recolección y análisis de la información arqueológica y la ubicación de nuestra información en una parte de ese momento histórico - de la experiencia social, limitaran y redujeran el quehacer del arqueólogo a técnicas de recolección, a descripciones de los restos materiales o a descripciones del comportamiento de las formaciones sociales pasadas - en estudio. Unido a estas consecuencias, de la naturaleza misma de la arqueología, encontramos la influencia de la tradición positivista de comportamentalizar el estudio de los diferentes aspectos o momentos del proceso social.

A partir de la década de los sesenta los arqueólogos, de las diferentes posiciones teóricas, redoblaron esfuerzos para elevar su disciplina de un mero ejercicio de descripción a una más de las ciencias sociales (Binford 1968, 1977; Watson et al 1971), o al nivel de Ciencias Sociales (Bartra 1975; Bate 1977, 1978, 1981; Lumbreras 1974; Sanoja y Vargas 1979; Tri

gger 1981). En el primer caso se habla de la arqueología procesual y sus exponentes son, fundamentalmente, norteamericanos; su movimiento surge contra la influencia bossiana que limitaba la arqueología a la descripción (Binford 1968; Gándara 1980: 12-15). En el segundo caso se habla de arqueología como ciencia social y sus exponentes son fundamentalmente, latinoamericanos. Su movimiento surge como reconocimiento de las limitaciones que la arqueología tradicional planteaba (Bartra 1975, publicado originalmente en 1964), y de reconocer las posibilidades que tiene la información arqueológica enmarcada en una posición teórica capaz de dirigir al arqueólogo a la comprensión real del proceso social (El Materialismo Histórico). Uno de sus primeros exponentes fue Gordon. V. Childe (Childe 1969, 1973; Pérez 1980) quien con una verdadera concepción científica de su objeto de estudio **fue** capaz de enfrentar adecuadamente, con anticipación a la década de los sesenta, las limitaciones de la información arqueológica, el carácter pretérito del fenómeno social estudiado y la influencia de la arqueología del momento.

ARQUEOLOGIA, ARQUEOLOGIA PROCESUAL, CIENCIA SOCIAL

El interés de la humanidad por su pasado, pasó de una afición a una profesión dedicada al estudio de las sociedades pasadas a través de sus restos materiales. La primera parte de la historia de nuestra disciplina se dedicó al perfeccionamiento de técnicas de recolección de información y al ordenamiento indispensable de ésta (1840-1940). Por lo tanto, durante esa primera etapa hay una definición y enriquecimiento de las técnicas de trabajo de campo y de las técnicas de clasificación. (Daniel 1974; Sharer y Ashmore 1979; Sterud 1973; Willey y Sablaff 1974). A medida que avanzan esas técnicas, los resultados de su aplicación, permiten la organización de la información dentro de dos variables: el tiempo y el espacio. El control de las mismas y la caracterización de las diferentes áreas y períodos, por medio de los restos materiales encontrados por la arqueología, permitieron establecer secuencias cronológicas para las áreas estudiadas.

La acumulación de información en la línea arriba apuntada pronto necesitó de una revisión y conclusión de los trabajos y conceptos acuñados. En el caso de la arqueología americana, Willey y Phillips cumplen con esa labor en 1958. Las críticas que la arqueología había recibido por descriptiva y particularista (Steward y Seltzer 1938 Taylor 1948), así como la natu

raleza de la información arqueológica (que por ella misma sobrepasa las posibilidades de la mera descripción), llevan a Willey y Phillips a intentar una síntesis de la prehistoria americana, en el marco de las afirmaciones de que la arqueología debe asumir un carácter explicativo y no meramente descriptivo (1958: 1-7). La influencia en los autores, de la antropología particularista de la época y su adscripción a un método inductivo estrecho, no les permitió sobrepasar el carácter descriptivo que la arqueología tenía en ese momento (Gándara 1980: 15). Sin embargo, los deseos y el fracaso de Willey y Phillips resumen la frustración de los arqueólogos del momento en relación a su labor profesional. Otro punto importante es el reconocimiento de estos autores, en sus primeras páginas, del potencial que la información arqueológica tiene para permitir al arqueólogo ir más allá de la mera descripción y acercarse a través de ella al estudio del proceso social, del cual formó parte (ibid: -7).

Como respuesta a las inquietudes del momento y a la incapacidad de la arqueología americana para sobrepasar su carácter descriptivo surgen dos posiciones teóricas: la arqueología procesual norteamericana (Binford 1968, Watson et al 1971) y la arqueología como ciencia social (Bartra 1975, Lumberras 1974). La arqueología procesual trata, en la década de los sesenta, de resumir las críticas hasta entonces planteadas y de proponer alternativas (Bin-

ford y Binford 1968). Se enfatiza la limitación al estudio de las características formales de los restos arqueológicos y la necesidad de explicar las implicaciones e interrelaciones de la misma, de sobrepasar la mera aplicación de técnicas de obtención de datos y de análisis de éstos:

"accepting Spaulding's minimal definition of what archaeology is, we can go a step further and specify its aim as the explanation of the observed interrelationships; in other words, as an explanation of the order we observe in the archaeological record. Archaeological theory consists of propositions and assumptions regarding the archaeological record itself: its origins, its sources of variability, the determinants of differences and similarities in the formal, spatial, and temporal characteristics of artifacts and features and their interrelationships. It is in the context of this theory that archaeological methods and techniques are developed

.....It is through theoretical advances and sound arguments of relevance that we can link our observations on the archaeological record to particular questions on the operation of past cultural systems" (Binford y Binford 1968: 2).

La arqueología como ciencia social, en latinoamericana no es ajena a la crisis de la disciplina en ese momento, Bartra (1975: 59) claramente lo manifiesta en su crítica a Willey y Phillips. Refiriéndose a Earl H. Swanson 1959 nos dice: "Este arqueólogo critica las concepciones de Phillips y

Willey sosteniendo que son sólo un esfuerzo por alejarse del estudio de la función de los artefactos en la sociedad, al plantear los tipos culturales como unidades sociales localizadas en el tiempo y en el espacio, logrando con ello que la cultura no sea más que un producto de la imaginación del arqueólogo". Continúa este autor apuntando sus propias críticas: "Sin embargo, no han dado ninguna base para determinar la correspondencia entre las unidades sociales y los restos arqueológicos.....Las definiciones de cada concepto, tanto en su sentido puramente arqueológico como en su correspondencia con una visión de la cultura en función sociológica, son incongruentes, inexistentes o mal fundadas.....Pero no pregunten al arqueólogo qué es un cubo, que representa su forma o su color o cuál es su contenido- en términos sociológicos-, pues no sabrá contestarnos; ha estado jugando con los hechos sociales según la fórmula de Durkheim: como "cosas" y desde fuera", enarbolando la bandera de una falsa objetividad" (Ibid: 60-62).

Hay sin embargo, una importante diferencia entre las dos posiciones, Binford y Binford nos hablan de teoría arqueológica, sistemas culturales pasados, proceso cultural, historia cultural. Bartra nos habla de sociedad, teoría social, ciencias social, proceso social. A nuestro juicio es claro que desde sus orígenes las dos posiciones se diferencian por adoptar una posi

ción idealista en el primer caso y una posición materialista en el segundo.

Estamos de acuerdo con Bate (1981) al afirmar: "y la diferencia en las dos posiciones fundamentales, materialismo e idealismo, no se establece al aceptar o no la realidad como existente, sino al definir qué se entiende por realidad y qué relación guarda ésta respecto al sujeto de conocimiento. La posición idealista, donde no existe nada independientemente de una conciencia que la conozca y la realidad, está contenida o su existencia depende de ese mundo de las percepciones, ideas y pensamientos del sujeto que conoce" (Ibid: 15). La visión idealista permite la división de la ciencia social en ciencias sociales, la división de la teoría social en teorías por disciplina, la separación de la cultura de la realidad total a que pertenece: la sociedad (sobre este punto volveremos más adelante).

Willey y Phillips, a pesar de enmarcarse en la posición idealista, parecen percibir las limitaciones de la misma cuando afirman: "Some Americanists have been drawn into the extreme position that sees in culture and independent order of phenomena; intelligible in terms of itself alone -the cultural superorganic. Most of us, without subscribing to the superorganic view of culture, have nevertheless operated 'as if' it were a fact. In our opinion even this moderate position, though operationally expedient and to a certain extent inevitable, is ultimately detrimental to the main task of archaeology, which -

is to organiza its data in terms of a real world, a world in wich cultural and social phenomens (to name ony these) are inextricably mingled" (Willey y Phillips 1958: 3).

Encontramos; en las posiciones teóricas comentadas, convergencia en la crítica fundamental a la arqueología anterior a la década de los sesenta.

Sin embargo, mientras que la arqueología procesual se consolida como posición por la negación de la arqueología tradicional, la arqueología como ciencia social nutre sus críticas en una tradición de investigación que se había iniciado tiempo atrás. Hay que reconocer que esta posición, a pesar de algunos esfuerzos futuristas (Childe 1960, 1973; Pérez), necesitará de una coyuntura diferente: la polémica de los sesenta, para iniciar su reconocimiento y consolidación. Como anotamos en este apartado, a pesar de las críticas comunes a la "arqueología descriptiva", mantienen diferencias epistemológicas y antológicas sustanciales, continuemos, pues, con el estudio de éstas.

EL OBJETIVO DE LA ARQUEOLOGIA Y LOS NIVELES DE INFERENCTA

El arqueólogo busca estudiar el pasado. Como apunta Trigger 1981: 58: "Suponemos, como la mayoría de los arqueólogos, que la meta principal de la disciplina es la comprensión del pasado humano". La naturaleza de la informa

ción arqueológica: los restos materiales, dejados por formaciones sociales pretéritas, distingue a la disciplina dentro de la ciencia social, obligándola a crear técnicas de recolección y análisis de información apropiadas a la naturaleza de la información empírica de la arqueología (Bate 1981: 22)

El objetivo de la arqueología no siempre ha sido entendido claramente. Quizás por las características de la información arqueológica que requiere que se trabaje en diferentes niveles de inferencia, no sin correr el riesgo de confundir éstos con los objetivos de la disciplina. Es así como algunos autores nos afirman que los objetivos de la arqueología son: la forma (el ordenamiento, basándose en la descripción y clasificación de la evidencia arqueológica recobrada, en el tiempo y en el espacio); la función (la reconstrucción de modos de vida pasados); la explicación (la comprensión del pasado como parte del proceso social total) (Binford 1968: 8-16; Sharer y Ashmore 1979: 12). Obviando esta confusión, es claro que esos tres niveles de análisis son necesarios y se complementan uno al otro en la comprensión final del pasado. En los arqueólogos de la arqueología como ciencia social - esta posible fuente de confusión no se presenta, pues, dicha escuela por su misma posición epistemológica y ontológica no podría aceptar un objetivo diferente a la comprensión y explicación del proceso social. Sin embargo, como es lógico, sí reconoce la necesidad de trabajar en diferentes niveles de infe

rencia. Lumbreras (1974: 41-45), entiende los niveles de esta forma: a) cronología y corología, el que permite, a través de la clasificación, la división de tiempo y espacio, como base para abordar la cuestión social; b) la reconstrucción arqueológica, subdividida en b¹) reconstrucción de las actividades sociales; es decir, qué actividades desarrolló el hombre; b²) entender la reconstrucción, en términos de proceso. Ultimo nivel de inferencia sin el cual "nada de lo hecho valdrá la pena". La aceptación de estos niveles y sus características se encuentran claros en la obra de otros autores: la división de espacio y tiempo (Bate 1977, 1981: 28; Sanoja 1979; 21 Vargas 1981: 17); la reconstrucción de las actividades sociales, utilizando el concepto de modo de vida: "un complejo de actividades habituales que caracterizan a un grupo humano y proporcionan la base para su existencia" (Sanoja 1979: 21), aceptado por Vargas (1981: 27-28) y por Veloz (1981). El último nivel de inferencia, la explicación del proceso social se puede abordar una vez que se controlan las variables tiempo, espacio y función, pues es la interrelación causal de estas variables la que nos lo permitirá.

Sobre este último nivel de inferencia encontramos que Sanoja y Vargas (1978: 20), utilizando los principios del materialismo histórico, han aclarado y ampliado el punto, resaltando la necesidad de instrumentar la investiga-

ción científica. Los autores recapitulan los tres niveles de inferencia necesarios en la investigación arqueológica y el carácter complementario de los mismos, pues los tres se unen en la tarea final: La explicación del proceso social, o, como dicen los autores "el estudio de una sociedad concreta"; estos niveles son: "Nivel descriptivo: El estudio del contenido contradictorio interno de las cosas, de la base, de los hechos que definen la actividad, el modo de vida de un grupo social como el producto de contradicciones específicas, considerado a su vez dentro de las causas exteriores que constituyen la condición de los cambios, de la dialéctica (modo de vida).

Nivel Comparativo. Partiendo del estudio comparado de cada modo de vida específico y de las contradicciones que le son inherentes, encontrar cuáles sociedades o grupos humanos resuelven de manera similar sus contradicciones específicas y si ello se realiza dentro de una causalidad externa común que condicione a su vez la existencia o la necesidad de modos similares de producir y reproducir sus modos de vida, revelándose en este nivel el carácter desigual del desarrollo de las contradicciones (modo de producción).

Nivel Explicativo. Determinados modos de producción generan determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas...diversos modos de producción

llegarían a integrarse dentro de una formación económico social,...el nivel de desarrollo productivo representado por una formación no representaría una simple acumulación lineal de hechos o progresos sociales, sino la oposición de modos de producción cuyo antagonismo final podría determinar el surgimiento de nuevos modos de producción y niveles más complejos de desarrollo de - las fuerzas productivas integradas por nuevos opuestos que iniciarían a su - vez la historia del desarrollo de sus propias contradicciones".

La claridad que la arqueología como ciencia social tiene en cuanto a su objetivo es un aspecto básico en la definición y clarificación de la teoría, el método, las técnicas y la definición de políticas de investigación. Entendemos así el esfuerzo de algunos colegas por sobrepasar las limitaciones de ciertas categorías de análisis: fase, tradición, horizonte, por ejemplo (Sanoja 1979; Sanoja y Vargas 1978; Vargas 1981), no aptas cuando se trata de explicar el pasado como parte del proceso social total. Y los trabajos de Bate (1978, 1981) que aclaran el significado y el papel del concepto de cultura.

TEORIA DE SISTEMAS, ECOLOGIA CULTURAL, ARQUEOLOGIA COMO CIENCIA SOCIAL

La arqueología procesual y la arqueología como ciencia social tratan de

sobrepasar el carácter descriptivo y particularista de la disciplina. Las dos posiciones proponen críticas similares a la arqueología tradicional (Bartra 1964; Bate 1979; Binford 1968; Lumbreras 1974; Willey y Phillips 1958). Sin embargo, presentan diferencias en aspectos esenciales para el mayor o menor éxito en el logro de las tareas. Es fundamental señalar - aquí la diferencia en los marcos de referencia teórica y, como consecuencia de ellos, en el entendimiento y uso de los conceptos de cultura y sociedad.

La arqueología procesual se deriva de una arqueología que abandonó el sustrato evolucionista que había adoptado desde el Siglo XIX (Gándara 1980: 13) y que consolidó una estrategia de investigación particularista (estrictamente inductiva) (Binford 1968; Gándara 1980: 13). La arqueología como ciencia social se nutre de autores que aunque, como es lógico fueron incluidos por la arqueología particularista de la época, no abandonaron el sustrato evolucionista y recurrieron a la teoría social que en forma intensa hacía uso de ella: el materialismo histórico. Posteriormente, los arqueólogos procesuales se orientarán dentro de neolucionismo (Gándara 1980: 15-16; Willey y Sabloff 1974: 178-183). Sin embargo, obviaron los resultados del materialismo histórico; probablemente, por el mismo tabú político que había hecho abandonar, anteriormente, la posición evolucionista (Steward 1973 15). Recu -

rrieron a la teoría de sistemas y a la ecología, con las limitaciones que éstas imponen para lograr el objetivo final de la disciplina (Kushner, citado en Watson 1973). Obviar los resultados del materialismo histórico y, por lo tanto, sus desarrollos teóricos y metodológicos buscando los marcos de referencia teórica en otras disciplinas ajenas al estudio del proceso social, sólo se puede explicar desde la perspectiva de la dicotomía idealista -materialista que apuntamos anteriormente.

Al respecto nos dice Bate (1981: 15) "Para el materialismo, la realidad objetiva es la materia, cognoscible para el hombre desde que afecta los órganos sensoriales generando sensaciones, pero que existe independientemente de ellas y, en general, de la conciencia. El principio de objetividad implica el reconocimiento de la existencia material entendida así.

Para el idealismo no existe nada independiente de una conciencia que la conozca y la realidad es, está contenida o su existencia depende de ese mundo de las percepciones, ideas y pensamientos del sujeto que conoce". La posición idealista de la arqueología procesual es aclarada, por el mismo autor, al señalar la posición heppeliana de que "la 'objetividad' es la posibilidad de terminada por una clara y lógica relación del pensamiento del sujeto y su subjetiva experiencia sensible: esto es exactamente idealismo subjetivo" (Ibid: 16).

En este contexto que explicamos la posición de los arqueólogos procesuales al obviar los aportes del materialismo histórico y al reducir el marco de referencia teórico a la teoría de sistemas, o a la ecología. De la misma forma nos explicamos la dedicación de los arqueólogos procesuales al estudio de la cultura y su incapacidad de relacionar ésta con la parte de la realidad de la cual es una derivación: la sociedad. Por lo tanto, los resultados de sus investigaciones (Binford 1968; Cohen 1978; Flannery 1968, 1972) se caracterizan por ser proposiciones de modelos explicativos donde la relación causal del fenómeno explicado dependen más del subjetismo del investigador y del carácter funcionalista de los marcos teóricos utilizados, que de la realidad del proceso social.

En el marco de la arqueología procesual el objeto de estudio es la cultura, entendida como: "La cultura es un sistema adaptativo extrasomático, que se emplea en la integración de una sociedad con su medio natural y con otros sistemas socioculturales "(Binford 1965: 205, citado en Watson et al 1974: 82). Este sistema adaptativo debe estudiarse como: un: "... complejo de sistemas intentando aislar y examinar cada uno de los subsistemas constitutivos como una variable separada y recombinándolos posteriormente. La ventaja de este enfoque sistemático de la cultura no es que sea necesariamente una representación más detallada de la realidad, sino que, consi-

derando la naturaleza de la evidencia y la investigación arqueológicas, conducirán hacia modelos más productivos, es decir, aquellos que lleven a hipótesis contrastables en los que intervengan tantas categorías de testimonios como sea posible (Watson et al 1979-82). Se observa en estas ideas un énfasis en las partes de los sistemas, su relación y funcionamiento. Dos autores actuales, en un libro de texto que trata de resumir la arqueología del momento (Sharer y Ashmore 1979: 524) así la resumen: "For any given society, the sum of specific interactions contained within an overall cultural ecological system describes the nature of the society's cultural adaptation". La crítica de Willey y Phillips, 1959, de que la cultura se ve como un conjunto independiente de fenómenos, inteligibles por ellos mismos, sigue siendo válida. El daño que esta posición causa a la tarea principal de la arqueología (el estudio y comprensión de sus datos como parte de la realidad) sigue vigente.

Como Klejn 1973 apunta no se trata de negar la importancia de la teoría de sistemas para la arqueología, sino de aplicarla en forma adecuada (sin limitarla), señalándonos la necesidad de seguir los siguientes principios: 1) principio de totalidad, la necesidad de ir más allá de conocer los elementos y sus interacciones, es necesario tomar en cuenta cada uno de ellos dentro del sistema, para no obviar las propiedades de los elementos y sus interrelaciones como parte y posibilidad de la totalidad. 2) Principio del contexto,

el estudio de cada sistema, sin separarlo de aquellos otros sistemas con los que se conecta (otras formaciones sociales, el medio ambiente etc.). 3) principio del enfoque multivariable: el mismo material puede poseer varias características, parámetros, funciones y relaciones. Hay que evitar perder la visión de totalidad a la hora de aplicarlo. 4) Principio de la organización estructural: implica la interconexión y subordinación jerárquica de las partes o subsistemas y sus elementos. (Por ejemplo, la posición materialista histórica que sostiene al factor de producción como elemento principal de cambio). 5) El principio de desarrollo desde adentro (cambio inmanente), el cambio como resultado de las contradicciones propias del sistema.

La posición teórica de la arqueología como ciencia social ha criticado las posiciones y concepciones limitadas de la arqueología procesual (Bartra, 1964; Bate 1978, 1981; Lumbreras, 1974; Sanoja 1979, Vargas 1981; Trigger, 1981). Dentro de esta línea y con el deseo de salvar los equívocos de la arqueología procesual, Bate (1978: 41) propone ver a la cultura como el conjunto de formas fenoménicas singulares que presenta la sociedad; por lo tanto, la integración de ese conjunto de formas fenoménicas singulares no constituyen un sistema cultural, ya que no es posible entender científicamente un sistema formal, si no es en su indisoluble relación dinámica con los contenidos a que las formas corresponden. De lo contrario caemos en meras descripciones ordena

das de lo fenoménico y éste no podrá ser explicado si no es en base a lo fundamental en dicho fenómeno. Resaltar el conocimiento empírico de la singularidad de lo fenoménico, sólo nos conducirá a ocultar las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad. La cultura se refiere a un aspecto propio de cada parte de la sociedad, o del sistema social como un todo. Por lo tanto, la cultura no puede ser entendido como sistema sino en inseparable correspondencia con la formación económico social. Nos señala el mismo autor que: "Para comprender los diversos vínculos y regularidades de determinación, diferencia y unidad, estructura y secuencia causal, que operan en el proceso social objetivo, es necesario descomponerlo analíticamente a través de la abstracción en sus relaciones más simples. Sólo a partir de ellos podemos acceder a la comprensión de la complejidad real y unitaria de la sociedad. Pero debemos tener siempre muy claro que la sociedad, como cualquier proceso real, es una totalidad concreta. La realidad social concreta es un proceso unitario y único y debe llegar a conocerse como tal. La categoría de sociedad debe entenderse como una totalidad concreta en que la unidad entre la estructura y leyes fundamentales del movimiento de la formación económico-social y su expresión cultural, no se trata de dar cuenta de todos los hechos sociales acaecidos y por ocurrir, pero sí el reflejar aspectos inseparables de la realidad que

descubren y explican algunas características comunes a cualquier hecho social" (Bate 1981: 38-39).

CONCLUSIONES: PERSPECTIVAS DE LA ARQUEOLOGIA COMO CIENCIA SOCIAL

Es claro que en la actualidad la producción de un grupo de arqueólogos, fundamentalmente latinoamericanos, ha mostrado el potencial de una arqueología que tiene como objetivo el contribuir a la ciencia social a través del estudio y conocimiento del pasado, como parte del proceso social total, y como posición teórica que cree y somete a prueba las posibilidades del materialismo histórico en dicha tarea. Sin embargo, hay que reconocer, que los esfuerzos han sido aislados y por lo tanto de muy diversa índole. Siguiendo el ejemplo pionero de Gordon V. Childe, los arqueólogos de ésta posición teórica tratan de consolidar los aportes y posibilidades de la misma para resolver los problemas de métodos y teoría en arqueología. Esta posición, como apuntamos, se contrapone a los defectos y limitaciones de la arqueología procesual: "Gran parte del interés en la nueva arqueología residía precisamente en que los nuevos arqueólogos se habían fijado una meta clara, la meta que ellos consideraban compatible con las metas de la ciencia en su conjunto. Por desgracia, su interpretación de dichas metas, y de los métodos para lograrlas, resulta inconsisten-

te, incongruente, y por lo tanto, posiblemente destinado al fracaso".
(Gándara, 1981: 66).

El carácter pionero de la arqueología como ciencia social y la naturaleza misma de la tarea, requiere de la delimitación consciente de la empresa y de la creación de los medios necesarios, para que la dialéctica propia de todo debate tenga suelo apropiado para madurar. Se han aprovechado algunas oportunidades, como ha sido la de integrar simposio sobre el tema en algunos congresos internacionales: VI Congreso de Arqueología en Chile (1971); Primer Congreso del Hombre Andino, Chile, 1973; Congreso de Americanistas en Perú, 1974; Congreso de Americanistas en México, 1974. Sin embargo, éstos se pueden considerar esfuerzos germinales y limitados por su falta de continuidad. El Boletín de Antropología Americana del Instituto Panamericano de Geografía e Historia promete convertirse en un órgano apropiado para la necesaria discusión sobre el tema, como lo atestigua el contenido de sus números (Bate 1981, 1982; Corona 1982; Gándara 1980, 1981; Montané 1981; Matos 1980; Sanoja 1982; Trigger 1981).

La creación de otras instancias que coordinen actividades y debate es una necesidad al presente, las reuniones de la Fundación de Arqueología del Caribe pueden, por lo tanto, cumplir una función de gran importancia no sólo para la arqueología de la región, sino de la disciplina en general. Co-

mo es lógico, el debate debe darse en todas las partes del quehacer científico: teoría, método, técnicas y datos sustantivos, pero no queremos concluir sin subrayar alguna idea más específicas al respecto. Como bien reconocen los autores en cuanto a la resolución de problemas de teoría y método en arqueología, a través de las posibilidades del materialismo histórico, queda mucho por hacer, por evaluar y por consolidar (Bate 1979: 10-14, 1981: 7-9; Gándara 1981: 66; Lumbreras 1974: I-III; Sanoja y Vargas 1978: 18). Es por lo tanto tarea prioritaria continuar con la discusión de teoría y método, en forma profunda y creativa tratando de sobrepasar, como bien señala Bate 1979: 9, las meras declaraciones de principios.

Si bien es cierto que hay grandes dificultades en proponer síntesis explicativas de la prehistoria de las diferentes áreas, dado el nivel de información obtenido y su naturaleza descriptiva, también lo es la necesidad de reevaluar dicha información y las investigaciones que las concluyeron, con el ánimo de apuntar los defectos y limitaciones de la investigación funcionalista, de tanta influencia en la arqueología del presente. De esta manera estaremos en la mejor forma de recomendar y realizar una política de investigación en nuestros países y áreas de estudio (entendemos así el trabajo de Sanoja y Vargas 1978) y las afirmaciones y esfuerzos de varios colegas (Bate 1979: 11, 1981: 52; Fonseca 1982; Fonseca et al 1984, Lumbreras 1974:

I). El establecimiento de una política de investigación es fundamental para definir nuestra práctica profesional, siendo ésta la que en última instancia, y como forma de acercamiento directo a la realidad, la que permitirá la contrastación de nuestra teoría y método. La necesidad aceptada de una arqueología regional (Fonseca en prensa; Struever 1968. Trigger 1981: 65) y la destrucción diaria de la evidencia por el aumento cotidiano de las obras de infraestructura, por el huaquerismo, y por la misma investigación arqueológica (Watson 1973) reafirmar y urgen la necesidad de definir esa política.

No queremos concluir sin referirnos a lo que Sanoja 1983 tituló: "La arqueología en el proceso de definición y rescate de la identidad cultural", como científicos sociales que estudiamos el proceso social de nuestros países y áreas estamos en capacidad de difundir nuestra historia y terminar así con mitos y creencias que niegan la importancia del pasado de nuestros pueblos y por lo tanto los condenan a vivir de historias prestadas o de aquellas donde se resaltan los procesos coloniales. Por supuesto que en esta lucha por el Patrimonio social y cultural juegan un papel importante tanto nuestra práctica como arqueólogos (surge aquí, otra vez, la importancia de contar con políticas de investigación), como la difusión del conocimiento adquirido a través de la educación formal e informal (Acosta y Fonseca 1983, Comisión de Defensa del Patrimonio Cultural 1982; Sanoja 1983). Experiencias

concretas han sido presentadas por algunos investigadores como el caso de los Museos Campesinos en Venezuela (Sanoja 1983: 66:68) y la interacción a través de conferencias, exposiciones y trabajo con la comunidad por parte del personal del proyecto arqueológico que se desarrolla en la región de Guayabo de Turrialba, Costa Rica (Arias y Sánchez 1983).

BIBLIOGRAFIA

Acosta, A.C. y O. Fonseca

- 1983 'La conservación y valoración del patrimonio cultural costarricense.' Ponencia presentada en la Primera Reunión de expertos sobre Delito Arqueológico. Instituto Latinoamericano para la prevención y tratamiento del delincuente de Naciones, San José.

Arias, A.C. y M. Sánchez

- 1983 'La colonia agrícola Guayabo de Turrialba, la relación comunidad-universidad vista a través del Trabajo Comunal Universitario.' Trabajo presentado al Simposio Turrialba y la Identidad Nacional.

Bate, F.

- 1977 Arqueología y materialismo histórico. Ediciones de Cultura Popular; México.

Bate, F.

- 1978 Sociedad, formación económico-social y cultura. Ediciones de Cultura Popular; México.

Bate, F.

- 1981 'Relación general entre teoría y método en arqueología.' En Boletín de Antropología Americana, 4: 7-54; México.

Bartra, R.

- 1975 'La tipología y la periodificación en el método arqueológico.' En: Marxismo y sociedades antiguas, pp. 45-95. Editorial Grijalbo; México.

Binford, L.

- 1968 'Archaeological Perspectives!' En New Perspectives in Archaeology, ed. S.R. Binford y L.R. Binford, pp. 5-32. Aldine; Chicago.

Binford, S.R. y L.R. Binford

- 1968 Archaeological Theory and method. En New Perspectives in archaeology, ed. S.R. Binford y L.R. Binford, pp. 1-3. Aldine; Chicago.

Cohen, M.

- 1978 The food crisis in prehistory: overpopulation and the origins of agriculture. Yale University Press; New Haven.

Comisión Nacional de Defensa del Patrimonio Cultural.

- 1982 Acuerdos Finales del Primer Seminario Taller sobre Patrimonio Cultural. Imprenta Nacional; San José.

- Corona, E.
1982 "¿Modo de producción asiático tributario? En Boletín de Antropología Americana, : 141-144; México.
- Childe, G.
1960 Progreso y Arqueología
Editorial Dedalo; Argentina.
- Childe, G.
1973 La evolución social.
Alianza Editorial, Madrid.
- Daniel, G.
1974 Historia de la Arqueología.
Alianza Editorial, Madrid.
- Fonseca, O.
1982 Comentario a la Cerámica Precolombina de Costa Rica de M. Snarskis. En Boletín de la Asociación Costarricense de Arqueólogos.
1: 11-12; San José.
- Fonseca, O. E. Ibarra y Bolaños M.:
1984 Síntesis de la prehistoria de Costa Rica y momentos de contacto con los españoles. Proyecto presentado a la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica.
- Fonseca, O.
En prensa 'Reflexiones en torno a la investigación arqueológica en Costa Rica!' Ponencia presentada al Simposio Interregional ties in Costa Rican Prehistory, Pittsburgh, 1983.
- Flannery, K.
1968 Archaeological systems theory and early Mesoamerica.
En: Anthropological Archaeology in the Americas, ed. B.U. Meggers, pp. 67-87. Anthropological society of Washington; Washington D.C.
- Flannery K.
1972 The cultural evolution of civilizations. En Annual review of ecology and systematics 2: 399-426.
- Gándara, M.
1980. 'La vieja 'nueva arqueología''; Primera parte.
En Boletín de Antropología Americana, 2: 7-46; México.
- Gándara, M.
1981 'La vieja 'nueva arqueología' : segunda parte.
En Boletín de antropología americana,
3: 7-70; México.

- Klenjn, L.
1973 "Marxism, the systemic approach, and archaeology!" En: the Explanation of culture change: Models in prehistory, ed. c. Renfrew, pp. 691-711. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Lumbreras, L.
1974 La arqueología como ciencia social. Ediciones Librería Allende; México.
- Matos, E.
1980 "El templo mayor de Tenochtitlan economía e ideología!" En: Boletín de Antropología Americana. 1: 7-20 México
- Montanné, J.
1981 "Sociedades igualitarias y modo de producción!" En: Boletín de Antropología Americana. 3: 71-91; México.
- Pérez, J.
1980 "Gordon Childe, vida y obra!" En Boletín de Antropología Americana, 1: 131-150; México.
- Sanoja, M.
1979 Las culturas formativas del oriente de Venezuela: La tradición Barrancas del Bajo Orinoco. Academia Nacional de Historia; Caracas.
- Sanoja M.
1982 "Modos de producción precapitalistas en Venezuela!" En Boletín de Antropología Americana, 6: 5-17; México.
- Sanoja, M.
1983 7 temas de debate en arqueología social. Departamento de Antropología Universidad de Costa Rica, San José.
- Sanoja, M.; e I. Vargas
1978 Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Monte Avila. Editores, Caracas.
- Sharer y Ashmore
1979 Fundamentals of Archaeology. Benjamín y Cummins; California
- Sterud, G.
1979 "A paradigmatic view of prehistory!" En the explanation of cultura change: models in prehistory, ed. c. Renfrew, pp. 3-19. University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Steward, J.
1955 Theory of Culture Change University of Illinois Press; Urbana.

- Steward, J. y Seltzer, F.
1938 "Function and configuration in archaeology!"
En: American Antiquity, 4: 4-10.
- Struever, S.
1968 "Problems, methods and organization: a disparity in the growth of archaeology."
En: Anthropological archaeology in the americas, ed. B.J. Meggers, pp. 131-151. Anthropological society of Washington; Washington.
- Taylor, W.
1948 A study of archaeology. University of Illinois Press; Carbondale.
- Trigger, B.
1981 "La arqueología como ciencia histórica!" En: Boletín de Antropología Americana, 4: 53-90; México.
- Watson, P.
1973 "The future of archaeology in anthropology: Cultural history and social science!" En: research and theory in current archaeology, ed C.C. Redman, pp. 113-124. Willey Intersciences; Nueva York.
- Watson, P; Le Blanc, S. y Redman, Ch.
1974 El método científico en la arqueología. Alianza Editorial; Madrid.
- Willey, G. y Phillips. P.
1958 Method and theory in American Archaeology. University of Chicago Press; Chicago.
- Willey, G. y Sabloff, J.
1974 A history of american archaeology. Willey Intersciences; New York.
- Vargas, I.
1981 Investigaciones arqueológicas en Permans: Los sitios de la Gruta y Ronquín estado Guarico, Venezuela. Academia Nacional de Historia Caracas.
- Veloz, M.
1981 Los modos de vida Mellacoides y sus posibles orígenes: un estudio interpretativo. Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo.